

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Los profesionales católicos en la realidad política argentina: el caso de los economistas durante el siglo XX.

Acha, Omar.

Cita:

Acha, Omar (2009). Los profesionales católicos en la realidad política argentina: el caso de los economistas durante el siglo XX. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/638>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Los profesionales católicos en la realidad política argentina: el caso de los economistas durante el siglo XX

Omar Acha (UBA – CONICET)

Los tiempos de Alejandro Bunge

La prehistoria de la economía católica en la Argentina se vincula con el ingeniero Emilio Lamarca. No obstante, la trayectoria del ingeniero Alejandro E. Bunge (1880-1943) es la columna rectora del primer cuarto de siglo de la economía “católica” en la Argentina. Si bien él mismo tuvo un profundo compromiso con el catolicismo social de su época, colaborando con los emprendimientos de religiosos como Federico Grote y Gustavo Franceschi, su identidad de economista no estaba concentrada en el catolicismo. No obstante, al diseñar un diagnóstico de las contrariedades situación económica argentina y sus vías de superación, creó las condiciones para la emergencia de esa identificación durante la década de 1930. De esta significación se derivan varias consecuencias. En principio, la centralidad de Bunge revela la inexistencia de una “economía” católica como especialización científica del saber. En los momentos del surgimiento del discurso económico católico en la Argentina, hacia 1918, la figura del “economista” carecía de una institucionalización sólida, de una implantación universitaria. La creación de la facultad de ciencias económicas en la Universidad de Buenos Aires era muy reciente (1913). El propio Bunge se ubicaba como economista y como estadígrafo, sin rechazar las implicancias sociológicas de su perspectiva. El emprendimiento intelectual más significativo de Bunge fue sin duda la creación de la *Revista de Economía Argentina* en 1918.¹ Su equipo fundador no era uniformemente católico. Entre los profesores que componían su consejo editor se encontraban Juan José Díaz Arana, Luis Roque Gondra, Enrique Urriburu y Enrique Ruiz Guñazú. En lo referente al campo de la economía política, la línea impulsada por Bunge se concentraba en el reclamo de una gradual transformación de la estructura productiva. Esta, sin abandonar la producción de bienes primarios, debía diversificar el esquema económico para dar conceder un importante espacio a la producción industrial compatible con los

intercambios exteriores. Su aprendizaje en la universidad alemana dejó una importante huella del enfoque de Friedrich List, la experiencia de la Unión Aduanera y la intervención estatal en lo económico-social. Pero los razonamientos económicos excedían largamente las cuestiones de la producción y el intercambio de bienes, y es allí donde puede observarse el perfil católico de su pensamiento, especialmente en lo relativo a las cuestiones de la natalidad, la vivienda obrera, la migración desde las provincias del interior, las costumbres del consumo popular y la educación. Es bien conocida su obra fundamental, *La Nueva Argentina*, de 1940, en la que condensa sus preocupaciones mayores.² Bunge proponía el reemplazo del “cosmopolitismo” librecambista prevaleciente hasta entonces por un nacionalismo económico que permitiera una mayor intervención del estado y la imposición de derechos de importación para los bienes que fueran útiles en el proceso de diversificación productiva.³ Se debía lograr la integración del país, superando el estancamiento demográfico y la degradación de las costumbres. El programa de Bunge no consideraba al estado como un productor, sino que lo situaba como un regulador que posibilitase el despliegue de las propias fuerzas del mercado y el capital privado, particularmente gracias a una activa política tarifaria, la integración del interior y modificación de los patrones de aculturación de las clases populares. Por eso ponía énfasis en la transformación de la población, la elevación de la demografía y los hábitos sociales, de manera de abastecer de mano de obra y de una demanda capaz de sostener una economía en crecimiento y crecientemente compleja. Tal programa constituyó una visión avanzada de la sociedad de su tiempo, con una vigorosa perspectiva crítica y prácticamente sofisticada, pues se desplegaba en diversos terrenos del análisis y consideraba la instrumentación de políticas económico-sociales. Su condición de posibilidad era la redefinición del rol del estado en la sociedad y, principalmente, dependía de la transformación de las estructuras burocráticas, que debían otorgar un lugar destacado a los profesionales de la economía, la sociología y la demografía. A pesar de las hondas vinculaciones relacionales y teóricas de Bunge con el mundo católico argentino y el catolicismo social, la identificación de una economía católica era prematura.

¹ Sobre los primeros lustros de la *Revista*, ver Juan José Llach, *La Argentina que no fue. Tomo I: las fragilidades de la Argentina agroexportadora*, Buenos Aires, IDES, 1985.

² Alejandro E. Bunge, *Una nueva Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1987 [1940].

Los años treinta, los profesionales católicos y la economía

La década de 1930 en materia de pensamiento económico católico continuó vinculada al programa reformista de Bunge. Aunque preeminente, la suya no era la única voz autorizada. La producción universitaria de economistas (contadores) y la aparición de una agrupación de especialistas católicos de la economía, es cierto que integrada parcialmente por bungistas, comenzó a complejizar el panorama. O mejor, reveló que su postura no era la única audible en el espacio intelectual católico.

En setiembre de 1938 se creó la recién mencionada Corporación de Economistas Católicos. La nueva institución participaba de una serie de organismos profesionales colegiados que se fueron organizando desde fines de la década anterior, que confluían con la política activista de la Acción Católica entre los sectores especializados. Anticipados por los médicos organizados en un Consorcio (1929), en las inmediaciones de los años treinta se fundaron entidades profesionales de arquitectos, abogados, ingenieros, farmacéuticos y odontólogos. Como admitió Ramiro de Lafuente en 1951, sucedió a todas las organizaciones de profesionales con excepción de los médicos, que lograron organizarse sólo en el ámbito de la ciudad de Buenos Aires.⁴ Su santo patrono era San Mateo, quien había sido recaudador de impuestos. Además de la plana mayor del sector de Bunge, todavía adscrito a la autoridad del director de la *Revista de Economía Argentina*, se encontraban otros intelectuales como Francisco Valsecchi (1907-1992), director del Secretariado Económico-Social de la Acción Católica Argentina desde 1934. En los basamentos teóricos de la Corporación, las elaboraciones de Bunge confluyeron con las propuestas de conciliación clasista del Código Social de Malinas (1927), y tuvo un gran impacto la obra del economista corporativista italiano Gino Arias, recientemente llegado al país expulsado de italiana por la legislación antisemita.

³ A. E. Bunge, "Nueva orientación de la política económica argentina", en *Revista de Economía Argentina*, vol. 6, n 36, junio de 1921.

⁴ R. de Lafuente, "Las corporaciones profesionales", en *Boletín de la Acción Católica Argentina*, n extraordinario, abril de 1951.

El discurso de la Corporación de Economistas Católicos presentaba en primer plano lo que las propuestas de Bunge daban por supuesto, desplazaban a favor de la retórica profesional, o traducían a la lengua de la economía política. El diario *El Pueblo* celebró la fundación de la Corporación. Su visión del aporte de la nueva entidad consistía en definir la dimensión moral que debía acompañar la búsqueda de bienestar individual.⁵ En realidad, ambas cualidades, la producción y la virtud, debían ser compatibles. En consonancia con esa concepción armónica de la vida económica y social, la pérdida de las restricciones morales conducía a la pobreza.⁶ El peligro del empobrecimiento consiste en abrir la puertas al discurso socialista, perfectamente neutralizable, según *El Pueblo*, por la doctrina social católica. En este sentido, el pensamiento católico se preocupó por declarar su defensa de la propiedad privada. Anticipando discusiones sobre la “función social de la propiedad” que luego se plantearían dentro de un marco histórico transformado, Carlos Mackinnon explicaba que ese concepto constituía una amenaza de estatización. El camino adecuado, acorde con un tercer camino entre el capitalismo y el comunismo propio de la doctrina social católica, según el economista, consistía en considerar a la propiedad, a la vez que un derecho natural, un bien público. El estado debía intervenir en lo económico, pero con moderación y sin gravar excesivamente en materia impositiva.⁷

La Corporación carecía de una doctrina monolítica. Sus integrantes compartían un conjunto de definiciones culturales sólidas, pero los matices eran evidentes. De manera general, se dirimían de manera diversa las dos tendencias que coexistían en todos. Por un lado se hallaba el deseo de una vida integralmente regida por el catolicismo, que ansiaba la organización social por ocupaciones, que restringiera un avance inmoderado del estado y venerara la autoridad eclesiástica. Este aspecto tenía un vigoroso contenido reaccionario, pues la destrucción de los “cuerpos intermedios” por el ciclo revolucionario comenzado en Francia y radicalizado en Rusia, exigía un retorno a tiempos anteriores al “liberalismo”. Por otro lado, el combate contra la modernidad afligida por las revoluciones no podía ser victorioso sin la asistencia del estado, sin la mediación que éste pudiera ofrecer para mejorar la situación social. Desde este punto de vista, los economistas católicos no eludían acompañar su deseo premoderno con una demanda reformista al estado. En el clima de los

⁵ “La Corporación de Economistas Católicos”, en *El Pueblo*, 24 de setiembre de 1938.

⁶ *Ibid.*

⁷ C. Mackinnon, “La propiedad”, en *Cátedra*, n 438, 20 de agosto de 1939.

años treinta, el compromiso de los profesionales católicos con el cambio social destinado a preservar a la sociedad del comunismo, indisociable de un programa de mejoras de la situación de las clases populares, tendía a una modificación progresiva de lo existente.

Un ejemplo de la primacía de la corriente ideológica mencionada en primer término lo provee el contador Silverio Vegega en una nota publicada en *Cátedra del Pensamiento Católico Mundial* (más conocida como *Cátedra*), el suplemento laical de *El Pueblo* en el que el discurso económico fue adquiriendo creciente preponderancia. Allí fundamentaba la vocación del organismo de los economistas por regresar a la estructura social medieval.⁸ Sin embargo, estas posturas en modo alguno ocluían otras perspectivas, que se fortalecían con las tendencias a la mayor regulación estatal que se profundizarían con el correr de la década y durante la Segunda Guerra Mundial. Los jóvenes economistas surgidos de la escuela de Bunge comenzaron a hacer oír su voz en la prensa católica. En una conferencia auspiciada por la Corporación de Economistas Católicos, César H. Belaúnde se amparaba en la “escuela económico-social católica” que reivindicaba al trabajo y los derechos del trabajador. Así sostuvo: “La escuela católica, asimismo, ha propugnado, y ello desde la época de auge del liberalismo económico, la necesidad de la intervención del poder público para reglamentar las condiciones de trabajo, en defensa de los trabajadores”.⁹ El marco social de esa defensa también era pensado dentro de un esquema corporativista. El matiz que separa a la regulación estatal y la provisión de soluciones para algunos temas de la situación social de las clases populares no debe ser confundido con una confianza irrestricta en el intervencionismo estatal. Justamente, el corporativismo católico conservaba esa suspicacia ante un estado que, carente de retenes, amenazaría la soberanía de la Iglesia. Los economistas católicos no eran una excepción a esta susceptibilidad. Por el contrario, su crítica del liberalismo no inhibía una la presencia de una prevención contra las tendencias del estado a concentrar el poder. Tras el fallecimiento de Bunge, en 1943, se fundó el Instituto de Investigaciones Económicas “Alejandro Bunge”, entre cuyas figuras se debe mencionar a Francisco García Olano, José L. Astelarra, Jorge Vicien, Aurelio González Climent, Rafael García Mata, José Llorens Pastor, Juan E. Maggi, José E. Miguens,

⁸ S. Vegega, “Finalidades y realizaciones de la Corporación de Economistas Católicos”, en *Cátedra*, n 597, 20 de setiembre de 1942.

⁹ C. H. Belaúnde, “El trabajo”, en *Cátedra*, n 448, 29 de octubre de 1939.

Francisco Valsecchi, Ovidio Ventura y Federico G. Schindler. Los estudiosos católicos sentían que llegaba el momento de modificar la realidad.

La aparición del peronismo

Poco después del golpe militar del 4 de junio de 1943 la Corporación de economistas realizó la segunda conferencia abierta sobre temas técnicos de la especialidad. El evento estaba inscripto en su proyecto de establecer en el escenario público la presencia de sus posiciones.¹⁰ Su aspiración era constituirse en el *think tank* de una fuerza dominante que reformulara la estructura productiva y sus condicionantes socioeconómicas, proyecto en el que los saberes económicos, demográficos y sociológicos, todos estrechamente interconectados, contribuirían a la construcción de una Argentina católica más productiva y libre de conflicto social. Con el alzamiento castrense y su ostensible afinidad con la Iglesia Católica, creyeron que la gran oportunidad había llegado. Cuando algunas franjas del nuevo gobierno comenzaron a instrumentar una política social reformista, con razón un discípulo de Bunge como Carlos Correa Ávila reclamó la precedencia católica, como la del sector de los Pregoneros Social Católicos, aunque podría agregar al grupo de economistas, en la demanda de respuestas al déficit habitacional.¹¹ En el mismo sentido, Eduardo A. Coghlan, también del Instituto “Bunge”, recordó en relación con las iniciativas jubilatorias del gobierno, que ya en 1923 Bunge había propuesto una ley de retiros. Era similar la postura de otro economista, Pedro J. Arrighi, miembro del Consejo Económico-Social Arquidiocesano de la Acción Católica en la ciudad de Buenos Aires. Por su parte, el ingeniero Emilio Llorens reiteró la argumentación bungeana sobre la necesidad de promover una industrialización compatible con el uso comparativamente ventajoso de los recursos naturales. Notó que el desarrollo industrial era un hecho incontrovertible. En contraste con el Brasil, la Argentina tenía un tercio de su población pero una industria más importante. Era necesario, además de facilitar aún más el crecimiento del sector,

¹⁰ “Realizará su segunda sesión pública la Corporación de Economistas Católicos”, en *Cabildo*, 18 de julio de 1943.

¹¹ C. Correa Ávila, “Un plan para extirpar el hogar de una sola pieza”, en *El Pueblo*, 1 de agosto de 1943.

redistribuir mejor su presencia entre las regiones del país.¹² La reivindicación federal retomaba tramos de la argumentación difundida por el “revisionismo histórico”, también presente en el discurso del catolicismo social argentino. Así las cosas, Correa Ávila explicó el escepticismo ante los proyectos industrialistas por los intereses mezquinos de la provincia de Buenos Aires.¹³ Llorens afirmó taxativamente que el nuevo gobierno realizaba las orientaciones industrialistas anticipadas por Bunge.¹⁴ Como se ha indicado recientemente, el aporte de las perspectivas de Bunge tuvo efectos en el diseño del programa de reformas del peronismo, todavía tentativo hacia 1944.¹⁵ Sin embargo, es debatible hasta dónde se puede atribuir a su influencia la definición de las políticas públicas en la política industrial y la planificación. Hay razones para pensar que la agenda del gobierno militar pronto excedió los planteos bungeanos.

En principio, una serie de coincidencias con la política gubernamental justificó un apoyo a la gestión del coronel Juan Domingo Perón en el Departamento Nacional del Trabajo y su sucesora Secretaría de Trabajo y Previsión. Desde *El Pueblo* se vio con agrado que Perón instrumentara disposiciones hasta entonces inaplicadas. De esa manera se lograría apaciguar, continuaba el diario católico, la intranquilidad social. El mencionado Departamento había conseguido en pocos días lo que “los oradores de barricada y los candidatos de todas las filiaciones, y sobre todo los de las izquierdas” prometieron durante años.¹⁶

Es preciso captar la naturaleza de la afinidad de los economistas católicos con el proceso de desarrollo estatal en curso dentro de las transformaciones que caracterizaron al periodo 1943-1945. Es claro que los economistas, especialmente los del Instituto Bunge, polemizaban con las perspectivas liberales. Para aquéllos, la posguerra iba a suponer una crisis de la economía hasta entonces forzosamente protegida por la conflagración. La venta de la producción primaria se reduciría en un plazo relativamente breve, la recuperación de las industrias en los países centrales implicaría un desplazamiento de las firmas nacionales, y la desocupación aumentaría. Ante esa prospección, Carlos Moyano Llerena (1914-2005)

¹² E. Llorens, “Significado del crecimiento industrial argentino”, en *Cátedra*, n 645, 29 de agosto de 1943.

¹³ C. Correa Ávila, “Una nueva política económica para una nueva Argentina”, en *El Pueblo*, 2 de abril de 1944.

¹⁴ E. Llorens, “Bunge, figura poliédrica: el economista”, en *El Pueblo*, 24 de mayo de 1944.

¹⁵ Claudio Belini, “El grupo Bunge y la política económica peronista, 1943-1952”, en *Latin American Research Review*, vol. 41, n° 1, 2006.

planteó una intervención del estado “amplia y resuelta”, que diera al “factor humano” la primacía que le corresponde y controlara las finanzas a esos fines superiores. Moyano Llerena señaló que el nuevo rumbo ideológico en las políticas económicas sería intervencionista, en la línea postulada por William Beveridge.¹⁷ Por otra parte, esta indicación se mantenía en un plano de generalidad en la que todavía debía ser ubicada la política económica y social que se identificaba cada vez más con la figura de Perón. En especial, la estrategia de apoyo en el movimiento obrero suscitó tempranos recelos. Por ejemplo, Correa Ávila se preguntó en *El Pueblo* si las declamaciones contemporáneas sobre la justicia social y “algunas realizaciones” estarían en consonancia con la doctrina de la Iglesia en materia social.¹⁸ Eran tiempos en que las “Fuerzas Vivas” llevaban adelante su campaña contra Perón. Dentro de un clima donde las solidaridades entre sectores se realineaban día a día, cuando las perspectivas de poder eran inciertas, las cercanías ideológicas y sociales se mostraron inusualmente inestables. Las afinidades de los economistas católicos con el naciente peronismo no debían ser dadas por descontadas. No obstante, las líneas directrices del pensamiento económico católico entre sus especialistas parecían consolidadas. La mayor novedad en la bibliografía utilizada en la inmediata posguerra fue la adopción de temas de un genérico “keynesianismo”. La industrialización perseguida por el peronismo de 1946 concitó amplias adhesiones, fortalecidas por la alianza con la Iglesia católica.

La economía política del peronismo ejercía una atracción que excedía la unidad en torno a la reforma social y la conciliación nacionalista de clases amparadas por la “doctrina social” de la Iglesia. En el plano intelectual presentaba una mediación discursiva que coexistía con la expresión más acabada de las exigencias de reconversión de una economía orientada al mercado interno a que constreñía la evolución mundial del capitalismo. La aparente autonomía de lo político propia del populismo no hacía sino revelar la escisión estructural entre la economía y la política que impone la hegemonía del trabajo abstracto propio de la dinámica mercantil. Sólo que la peculiaridad del populismo, al postular la primacía del plano político (esencializado en la voluntad del “líder”), pretende someter imaginariamente lo económico a lo maleable y voluntario. Sin embargo, como pronto se hizo evidente, las

¹⁶ “Están comparando los obreros conscientes”, en *El Pueblo*, 24 de noviembre de 1943.

¹⁷ C. Moyano Llerena, “La desocupación después de la guerra”, en *El Pueblo*, 15 de abril de 1945.

¹⁸ C. Correa Ávila, “La política de salarios y la doctrina social católica”, en *El Pueblo*, 17 de junio 1945.

exigencias objetivas de la conexión con el mercado capitalista revelaron su perentoriedad para la política económica.

Sin embargo, el peronismo aún no se había constituido en una ideología completamente autónoma. Para los profesionales católicos la alianza entre el Perón y la Iglesia parecía refrendada por sus declaraciones sobre el origen de su política social y la continuidad de la educación religiosa en las escuelas. Los economistas católicos continuaron proveyendo al gobierno de capacidad técnica de estudio y planificación, aunque otros graduados de la Facultad de Ciencias Económicas fueron los verdaderos gestores de decisiones gubernamentales: Ramón Cereijo, Antonio Cafiero (de militancia católica pero de sólido compromiso peronista hasta 1954), y Alfredo Gómez Morales. Destacados miembros de la Corporación de Economistas y de la *Revista de Economía Argentina* continuaron trabajando en distintas instancias gubernamentales hasta el fin del primer peronismo. También se vieron beneficiados por el lugar que el peronismo les reservó en las instituciones universitarias. Pedro J. Arrighi fue interventor de la Facultad de Ciencias Económicas, secundado por Carlos Correa Ávila. Numerosos economistas católicos, como Valsecchi, Belaúnde, Moyano Llerena y Llorens, ocuparon cátedras.

Dieciocho meses después de iniciada la gestión peronista, los economistas católicos estaban desengañados de las expectativas despertadas por el peronismo, aunque la ausencia de cualquier alternativa viable y el apoyo continuado de la Iglesia lo convertía todavía en la mejor opción real. Las opiniones comenzaron a dividirse. El hecho de que especialistas como Llorens y Moyano Llerena (quien llegó a ser asesor del ministro de Economía Alfredo Gómez Morales) ocuparan cargos burocráticos y universitarios no puede ser olvidado a la hora de explicar por qué su actitud fue más tolerante hacia los mismos aspectos de la política peronista que para otros economistas como el ingeniero Francisco García Olano, independientes en sus carreras de los beneficios estatales, merecían críticas.¹⁹ Las divergencias entre los economistas católicos profundizaron las razones para el estancamiento de su Corporación, que se había afiliado en 1947 a Pax Romana, el movimiento internacional de profesionales cristianos auspiciado por el Vaticano. Hacia 1955 la institución se había diluido.

¹⁹ C. Belini, ob. cit., pp. 48 y ss.

El declive de la Corporación no inhibió la búsqueda de una usina del pensamiento económico católico. Un acontecimiento significativo fue la fundación de la Escuela Superior de Economía en el Instituto Católico de Cultura, de la que fue decano y estímulo Francisco Valsecchi. Sobre ese núcleo, en el que convivían junto a Valsecchi, Moyano Llerena, Francisco García Olano, Emilio Llorens, Héctor Bernardo, Felipe Tami, César Belaúnde y Gabriel Meoli, se construiría luego la división Economía de la Universidad Católica Argentina.

El intervencionismo estatal y la crítica del populismo

Son varias las razones que condujeron al viraje teórico e ideológico del pensamiento económico católico después de 1955. A la crisis del catolicismo con el peronismo debe agregarse el reordenamiento de la situación mundial que conllevó la Guerra Fría. La ruptura final de la alianza de los sectores católicos con el peronismo en el período 1954-1955 pareció confirmar las prevenciones de los más escépticos. En otras derivaciones, abrió la puerta a una mayor desconfianza hacia las fórmulas populistas orientadas hacia el mercado interno y una redistribución del ingreso. Este plano del desencanto se presentaron tempranamente las contradicciones de la economía política peronista, en la que pronto reveló sus límites la apuesta por un mayor consumo popular como motor de la producción industrial. La preocupación por la “cuestión social” fue cediendo relevancia a favor de la búsqueda de un incremento de la productividad, que comenzó a ser pensada como la condición de posibilidad de la “justicia social”, término pronto caído en desuso. La palabra clave comenzó a ser el “desarrollo” industrial, basado en el ingreso de capitales extranjeros, y el control de la inflación. Con el acercamiento católico al universo económico liberal, con el que se mantenían distancias teóricas, cada vez más de corte “ético” y con débiles consecuencias en la noción de política económica, se produjo un doble proceso de especificación. Por un lado, los economistas se integraron a los cuadros técnicos funcionales a la reforma económica sostenida bajo la perspectiva general de desperonización de la Argentina. En ese plano fueron parte de una profesionalización de los economistas. Así fue que en la conformación en 1957 de la Asociación Argentina de

Economía Política se mezclaron liberales, nacionalistas y católicos. Al mismo tiempo, con la autorización de la emisión de títulos oficiales por universidades privadas inició un proceso de acumulación sistemática de intelectuales que habría de tener una notable incidencia en las décadas posteriores. El primer núcleo de la nueva red académica, constituida en la Universidad Católica Argentina, contó con la guía de Valsecchi y Moyano Llerena.

Las modificaciones conceptuales de la perspectiva económica católica, en términos explícitos, no fueron inmediatos. En su *Economía política*, cuya primera edición data de 1955, César H. Belaúnde caracterizaba a la “escuela católica” por el carácter normativo del saber en cuestión, dependiente de la moral, el carácter social de las actividades económicas, su oposición al liberalismo y al estatismo, la preferencia por una economía regulada “por los propios particulares *organizados profesionalmente* y no anulando la competencia, sino encauzándola”, y la función de orientación general y de ayuda a la iniciativa privada que le corresponden a la autoridad política.²⁰ No obstante, el nombre que mantiene un lazo con la identificación católica es la conducida durante tres décadas por Moyano Llerena. La publicación periódica representativa del período fue la por él fundada *Panorama de la Economía Argentina*. El primer elemento sobresaliente en la “Presentación” de su número inicial de 1957 fue la interconexión entre el intervencionismo estatal, los perjuicios ocasionados por los problemas sociales, la “interferencia” de la política. Había cesado el influjo del keynesianismo. El director de *Panorama* afirmó que la primacía de la política en la definición de una política económica regida por una irresponsable noción de redistribución conducía a que la ausencia de incentivos a la inversión condujera al reparto de la pobreza y no de una riqueza mayor basada en una creciente productividad. El “sujeto económico” actuante en ese contexto de inequívocas referencias al peronismo, escribió, necesitaba una mayor y más precisa información. La teoría era insuficiente, al margen de que se había conservado sin una relación con la realidad. La teoría, entonces, no supo auxiliar al dirigente de empresa. El objetivo central de la publicación fue la elaboración de las tendencias económicas que permitieran una mejor toma de decisiones empresariales. La inclusión de secciones sobre índices fundamentales, como los de la “actividad económica”

²⁰ C. H. Belaúnde, *Economía política*, 8ª ed., Buenos Aires, Troquel, 1965 (1ª ed., 1955), pp. 51-52. Énfasis en el original.

y los “ingresos monetarios” pretendían colaborar en el esclarecimiento de los dirigentes.²¹ Esta declaración marcó un cambio fundamental en la posición del economista católico. Su actuación estatal seguía siendo relevante. Sin embargo, se estaba consolidando su adscripción técnica a la acumulación de ganancias empresariales. Este aspecto había sido lateral en la definición de las posturas propiamente económicas en décadas anteriores. Después de 1955 se hizo preeminente y los economistas católicos comenzaron a devenir intelectuales orgánicos de las clases sociales de las que, en general, provenían.

Con la llegada del gobierno de Arturo Frondizi en marzo de 1958, Moyano Llerena percibió “una nueva oportunidad”. Su postura coincidía de manera general con los trazos fundamentales del “desarrollismo”, aunque criticaba sus vacilaciones políticas. También observaba incoherencia en sus planteos. En este punto, mantenía validez la función del estado para diseñar un “plan nacional de desarrollo”, que lejos de la fórmula peronista, fomentara las condiciones para la optimización de la valorización del capital en áreas preferenciales. La fórmula económica deseable debía combinar el control de la inflación, el ingreso de capitales extranjeros, el equilibrio de la balanza de pagos, el aumento de la productividad y la disciplina en las relaciones laborales. Sobre todo, atacó la utilización de reglamentaciones, cuotas y controles “meramente extrínsecos”.²² El pensamiento de Rogelio Frigerio, orientador del frondizismo, carecía a ojos de Moyano Llerena de la capacidad de reconocer la necesidad de constituir una capacidad exportadora que neutralizase el atoramiento de la balanza de pagos. El mayor límite que detectó en la política desarrollista fue la dificultad para sostener los inevitables perjuicios para el mencionado balance que conllevarían el giro de utilidades y la posible salida de los capitales extranjeros. Por lo tanto, concluía Moyano Llerena, “la mayor parte de los capitales industriales debe, generalmente, obtenerse del ahorro nacional”.²³ Mas como fue dicho, el gran problema era la falta de una línea clara de política y de autoridad, en un contexto de evidente descontento social. Frondizi no parecía apto para asegurar una situación estable de dominio sobre una clase trabajadora excesivamente protestataria. En 1962, el director de *Panorama* se revelaba partidario de un nuevo golpe de estado militar.²⁴

²¹ “Presentación”, en *Panorama de la Economía Argentina* (en adelante: *PEA*), n 1, mayo de 1957.

²² C. Moyano Llerena, “Una nueva oportunidad”, en *PEA*, marzo de 1958.

²³ C. Moyano Llerena, “El capital extranjero”, en *PEA*, junio de 1958.

²⁴ C. Moyano Llerena, “Un problema de autoridad”, en *PEA*, n 20, primavera de 1962.

Con el avance los años sesenta el lenguaje de la “modernización” fue adoptado sin temores, a pesar de las reservas ante las simplificaciones “liberales”.

A mediados de la década del sesenta es preciso destacar la divergencia cultural que separaba a los economistas católicos de vieja escuela, como Moyano Llerena y Belaúnde, y una nueva hornada, con una carga identitaria católica menos pública y una mayor orientación hacia la formación académica norteamericana. Su definición académica anclaba en prácticas especializadas en la economía como disciplina. No eran, como buena parte de sus antecesores, abogados o ingenieros dedicados a los temas económicos. Una figura representativa de esta novedad generacional es José María Dagnino Pastore (n. 1933). Con estudios de posgrado en las universidades de California y Harvard, Dagnino Pastore fue ministro de Economía de dos dictaduras militares. Aunque fue profesor de la Universidad Católica Argentina y los contactos católicos fueron estructurantes en su trayectoria, la identidad religiosa era secundaria en su significación como economista. Moyano Llerena fue el primer ministro de Economía del gobierno militar de Roberto Levingston, en junio de 1970. Durante su breve gestión de poco más de cuatro meses, intentó recuperar la línea definida por Krieger Vasena. Las dificultades para continuar esa senda condujeron a su reemplazo por Aldo Ferrer, quien instrumentó una proyección de corte nacionalista y neodesarrollista. La crisis del gobierno militar condujo al retorno del peronismo al poder. Su dramática caída confirmó a los ojos de intelectuales como Moyano Llerena la imposibilidad de resolver el intríngulis populista sin acudir a una receta drástica.

El viraje ideológico estaba plenamente consumado. Los economistas católicos, distantes de la búsqueda de nuevos horizontes que se extendió entre las filas más jóvenes del catolicismo durante la década, adoptaron una senda de identificación con el derecho del capital a regular la sociedad, y por consiguiente secundarizaron los preceptos de la “doctrina social de la Iglesia” a la verdad de la estabilidad monetaria y la apertura al mundo. Los más jóvenes, generalmente graduados en universidades norteamericanas, comenzaban a instituirse en el campo de la economía como técnicos de la acumulación del capital. Por ejemplo, a través de la dirección de consultoras especializadas. Entre ellos encontramos a economistas como Javier González Fraga y Juan Carlos de Pablo, individuos con “posiciones de sujeto” que posibilitan ser por un lado economistas liberales o próximos al liberalismo y, por otro lado, ser católicos convencidos.

El mundo unipolar y el liberalismo

En 1982 Moyano Llerena fundó la revista *Valores en la Sociedad Industrial*, publicación del Centro de Estudios de la Sociedad Industrial, unidad de investigación Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad Católica Argentina. El título de la revista explicitaba la vocación de analizar desde la ética social cristiana la dinámica de la sociedad industrial y sus fluencias hacia una de corte postindustrial. Significativamente, la presentación del número inicial reconocía el “contraste” entre los valores proclamados y “los hechos” de la “realidad”.²⁵

Durante la década de 1980, Moyano Llerena expresó sus pareceres en numerosos artículos aparecidos en el diario *La Nación*, luego recogidos en una serie de libros breves, en los que explayó una serie de núcleos duros de su pensamiento tras el cierre del período dictatorial. En sus textos prevalece la crítica del hábito “populista” de las pujas entre las clases y entre los sectores de clase, y de la búsqueda de un amparo estatal, con el resultado de una ineficiencia general de la economía. Los dos grandes enemigos del desarrollo económico serían la baja productividad y la consiguiente incapacidad para competir en mercados externos. Al mismo tiempo, dentro de la problemática de una sociedad postindustrial por venir, retomando temas antiguos de la posición católica, conservaban sus fueros las cuestiones de la educación y de la pobreza. Para resolverlas era insuficiente la acción del mercado. Allí persistía la nunca eliminada crítica al liberalismo más radical.²⁶

La última evolución del pensamiento católico en economía estuvo condicionado por el derrumbe del bloque comunista entre 1989 y 1991. En ese momento la dicotomía entre el capitalismo y el comunismo, constitutiva de la ubicación del enfoque católico de la economía como una tercera perspectiva perdió vigor. La encíclica *Centesimus Annus*, que Juan Pablo II dio a conocer en el centenario de la *Rerum Novarum*, ofreció un punto de vista en el que la economía de mercado era distinguida del capitalismo de corte neoclásico.

²⁵ C. M. Llerena, “Presentación. Una nueva revista”, en *Valores en la Sociedad Industrial* (en adelante *VSI*), n 1, 1982.

Al respecto, el secretario de la Comisión Episcopal de Pastoral Social, Gerardo T. Farrel, expresó que ello posibilitaba sostener una ciencia económica que reconociera la evidencia de los mecanismos mercantiles elucidados por la escuela clásica, pero que estuviera inspirada por principios diferentes al de la pura ganancia. De allí que fuera necesaria una revisión del vínculo entre economía y ética.²⁷ En su lectura de la nueva encíclica, Moyano Llerena, subrayó el lugar complementario al libre mercado que el documento asignaba al estado, como garante del bien común y la solidaridad. El “límite” que el estado debía imponer al mercado era la salvaguarda de la dignidad y libertad humanas. La libertad económica era sólo un aspecto de esta última. El “categórico rechazo” hacia la ideología del dominio inmoderado del mercado no afectaba los mecanismos del mismo, que ya no aparecían moldeados por una planificación, sino enmendados en sus derivas lesivas de la dignidad y la colectividad.²⁸

En la búsqueda de un puente entre ambos territorios heterogéneos dentro del propio planteo católico, apareció una nueva generación, con autores como Ludovico Videla y Carlos Hoevel. Para las generaciones posteriores, se planteó una divergencia, materializada en especializaciones profesionales, entre un técnico como Javier González Fraga, y un teórico como Hoevel. Ambos economistas católicos, sus quehaceres específicos se hallan disociados en senderos sólo retóricamente convergentes. Mas no habría que observar allí una contingencia actual. Es más coherente con la historia seguida en este trabajo pensarla como la fractura de una tensión que siempre habitó la doble adscripción de la economía católica a la sociedad moldeada por el capital, en la que quiso hacer incidir una cierta contención “social” de fundamento metafísico. En la entrevista que A. Vercesi realizara a Moyano Llerena, éste indicó en su biografía intelectual la ausencia de una auténtica influencia de Keynes. Esa referencia parece cierta en el plano teórico, porque en el autor de *Teoría general* faltaba el trasfondo ético tal como lo reclamaba el catolicismo. Es interesante que el entrevistador inquiriera seguidamente si la influencia efectiva, en cambio, pudiera ser la del monetarismo de corte neoclásico. Es que, en efecto, la insistencia de

²⁶ C. Moyano Llerena, *La pobreza de los argentinos. La decadencia nacional y la esperanza de un futuro distinto*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987; *El futuro posible. La incorporación de la Argentina al Primer Mundo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1989.

²⁷ G. T. Farrel, “Introducción”, en AA. VV., *Ética y capitalismo. Perspectiva latinoamericana*, en *Cuadernos del INCAPE*, n 3, 1995.

Moyano Llerena sobre la estabilidad de los precios y el equilibrio fiscal tenía notorias afinidades con esa escuela. Pero su respuesta era nuevamente negativa. Moyano Llerena recordó entonces su formación en Oxford, donde primaba la economía política clásica, a la que añadió su “formación social cristiana”. No obstante, contradiciendo sus afirmaciones inmediatamente precedentes, el entrevistado revelaba la división de su pensamiento, entre un aspecto objetivo neoclásico y los reparos morales cristianos: “Durante años y años he tratado de conciliar esos dos enfoque sin éxito. Porque no es posible conciliar la Doctrina Social de la Iglesia con la teoría económica neoclásica y sus variantes”.²⁹ Es claro que esa dualidad no podía ser resuelta a favor de un cuestionamiento de la lógica automática del capital, ante algunas de cuyas consecuencias la Doctrina Social de la Iglesia anteponía reparos. Pero en la travesía del siglo XX, la vocación del cambio histórico de los economistas católicos fue abandonada. La crisis de la bipolaridad geopolítica entre el capitalismo euroamericano y el comunismo soviético, sostén de una cierta independencia de la imaginación moral de la economía católica, perdió su agudeza.

En los últimos años, los economistas católicos están ampliamente diseminados en la red de instituciones universitarias, consultorías, empresas, asociaciones de empresas y fundaciones. Por ejemplo, la ACDE, antes mencionada, cuenta con un cuerpo colaborador de economistas entre quienes podemos citar a Santiago Bergadá, Orlando Ferreres, Enrique Folcini, Juan C. Olivero, Manuel Solanet, Ludovico Videla, Rafael Braun, Juan José Ezama, Martín Lagos y Héctor Rodríguez. El anclaje final de este recorrido lo muestra el cambio de título de la revista *Valores* por *Cultura Económica*, en mayo de 2007, en el que la reivindicación de una adscripción moral cristiana carece de fuerza identitaria frente a la definición de una lógica económica.³⁰

²⁸ C. Moyano Llerena, “Colectivismo marxista, capitalismo liberal y doctrina social de la Iglesia”, en *Ética y capitalismo. Perspectiva latinoamericana*, ob. cit.

²⁹ A. J. Vercesi, ob. cit., p. 27,

³⁰ Consejo de Redacción, “Carta a nuestros lectores. *Cultura Económica*. Nuestro nuevo nombre como renovación en la continuidad”, en *Cultura Económica*, n 68, 68, mayo de 2007.